

Un Mediador

Un sermón predicado la noche del domingo 23 de febrero, 1890

Por Charles Haddon Spurgeon

En El Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres

“Y el mediador no lo es de uno solo; pero Dios es uno”. Gálatas 3: 20

Tal vez el texto no nos impresione como algo difícil, pero es sumamente desconcertante para el exégeta. Estaba leyendo a un comentarista muy antiguo, uno de mis grandes favoritos, y noté que menciona que los expositores de este versículo le encuentran unos doscientos cincuenta significados diferentes. John Prime, en 1587, lo llamó “un laberinto sin fin”. “¡Oh! –pensé– “aquí hay un hermoso bosque ideal para perderse en él! ¡Doscientos cincuenta significados!” Acudiendo a un autor más moderno pero muy erudito, dice que creía que había más de cuatrocientas interpretaciones diferentes dadas a este pasaje. Esto implica salir del bosque para adentrarse en una selva: una selva negra donde uno podría perderse irremediablemente.

¿Acaso debería predicar sobre un texto así? Sí, pero no debo agobiarlos con esas muchas interpretaciones. Algunas de ellas no podrían ser correctas; otras, sin duda, son bastante precisas. ¿Qué significa el pasaje? No me atrevería a decir que lo sé; pero me atreveré a decir que sé cómo usarlo para un propósito práctico. Con la ayuda del Espíritu de Dios, nos abriremos paso utilizando una sencilla pista para llegar a su significado práctico y hacer uso de las palabras para provecho de nuestras almas.

¡Un mediador! ¿Qué es un mediador? Un mediador es un intermediario, un interventor; es alguien que se interpone entre dos partes que de otra manera no podrían tener un acercamiento entre sí. Tomen el caso de Moisés. La voz de Dios era muy terrible y el pueblo no podía soportarla; entonces Moisés intervino y habló en representación de Dios. La presencia de Jehová en el monte era tan gloriosa que los hombres no podían subir la montaña ni resistir esa grandiosa visión, por lo que Moisés subió a Dios en representación de los hombres. Moisés era un mediador que hablaba por el Señor e intercedía por el pueblo.

Pablo alude a esto cuando dice que la ley fue “ordenada por medio de ángeles en mano de un mediador”; y aquí el apóstol introduce una especie de enunciado general, una verdad que no pareciera tener conexión con nada de lo que le antecede, o con nada de lo que le sigue. El apóstol dicta esto como una regla general: “El mediador no lo es de uno solo; pero Dios es uno”. Pablo tiene polvo de oro: cada uno de sus pensamientos es de gran valor. Está mirando un objeto, y hablando en relación a él y, mientras mira, golpea una piedra con su pie y pone al descubierto una veta de oro. Como si no notase el tesoro, sigue adelante y deja esa veta de oro para ustedes y para mí. Es muy aficionado a la digresión. Es el estilo de Pablo, y es el estilo de todo hombre que está saturado y rebosa. Él se apega estrictamente a un argumento, pero discierne muchos argumentos más. Mientras corre hacia la meta, deja caer manzanas de oro que tienen la forma de principios generales que se le ocurren en el momento.

Yo entiendo aquí que Pablo no está prosiguiendo con un argumento específico, sino que está dejando caer un principio general que yo –tomándolo fuera de su contexto– espero usar para nuestro provecho esta noche. Un mediador, un intermediario, un interventor, no lo es de uno solo, eso es claro; pero Dios es uno. ¿Qué debemos aprender de esto?

I. Primero, UN MEDIADOR NO ES PARA DIOS ÚNICAMENTE. Un mediador trata con dos personas: con Dios y con el hombre. Un mediador no interviene porque el propio Dios necesite algún tipo de mediador. Él es eternamente uno; y si ven a Dios como la sagrada Trinidad, es una Trinidad en unidad. Dios es uno. Algunas personas se llaman a sí mismas 'unitarianas', pero no tienen un derecho exclusivo a ese nombre. Todos los 'trinitarios' son 'unitarios': aunque creemos que el Padre es Dios, el Hijo es Dios, y el Espíritu Santo es Dios, confesamos que no hay tres dioses, sino un solo Dios. Ahora, entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, no hay ninguna diferencia, no hay motivo de controversia y, por tanto, no se necesita ningún mediador para reconciliar a las personas divinas. Dios es uno: por tanto, nuestro Dios no necesita al mediador para Sí mismo.

Entonces, ¿para quién se necesita el mediador? Pues, para alguien más. Ese 'alguien más' está aquí esta noche, y necesito encontrarlo. ¡Un mediador! Bendito sea Dios porque hay un mediador; pero Dios no lo necesita para Sus propósitos personales; *hay otra persona para la que se requiere el mediador*. ¿Dónde está esa otra persona? En el propio don de Cristo como un mediador, al enviarlo en Su naturaleza divina y humana, en la vida de Cristo y en la muerte de Cristo, Dios tenía un ojo para otro participante.

Dios, mirando más allá de Sí hacia alguien más, proveyó un mediador. Ese debería ser un gran pensamiento para ustedes; pues si Dios está mirando fuera de Sí, ¿por qué no habría de mirarte a ti? Si Dios ha mirado de tal manera fuera de Sí como para proveer un mediador, eso quiere decir que está pensando en una criatura que necesita un mediador.

Oh alma mía, ¿acaso no podría estar pensando en ti? Aunque te has apartado de Él, y has vivido durante muchos años sin Él, ¿no podría ser que, puesto que hay un mediador que no puede ser sólo para Dios, pues Dios es uno, ese mediador pudiera tener el propósito de subsanar mi necesidad y llevarme de regreso a Dios?

Ahora, de conformidad al sentido del texto, y de acuerdo al sentido de la Escritura, *ese otro ente para quien es enviado un mediador, es el hombre*. El hombre ha reñido con Dios. El hombre está enemistado con Dios, y Dios está necesariamente airado con el hombre, pues no puede sino odiar el pecado, y debe castigar el mal. Dios, por tanto, está mirando al hombre; y aquí estoy yo esta noche, sentado en la casa de oración: ¿me está mirando a mí? Dios desea tener comunión con los hombres. Dios quiere llevar a los hombres cerca de Él; entonces, ¿por qué no habría de ser llevado yo cerca de Él? ¿Por qué habría de vivir distanciado?

He aquí un mediador: ese mediador no puede ser sólo para Dios, pues Dios es uno; tiene que ser destinado para una segunda persona: ¿no podría ser yo esa persona? He de alzar mis ojos al cielo y decir: "¡Oh Dios clemente, concédeme que yo sea esa otra persona para quien este mediador está establecido!", pues no lo es de uno solo, pero Dios es uno, y quiere que yo sea el segundo, para que el mediador pueda desempeñar Su trabajo. Eso está muy claro.

II. Ahora vamos a dar otro paso más hacia delante. En segundo lugar, NO SE REQUIERE UN MEDIADOR PARA PERSONAS QUE ESTÁN DE ACUERDO ENTRE SÍ. No se necesita un mediador entre personas de un solo corazón y de una sola alma. No necesito un mediador entre mi hermano y yo, entre mi hijo y yo, entre mi esposa y yo. Ya estamos perfectamente al unísono, y no se requiere de ningún mediador.

Entonces, queda claro que, si se requiere un mediador, es para dos personas entre quienes *hay motivos que engendran diferencias*. Fíjense bien en esta verdad, y cáptenla. No voy a decir cosas bellas, ni voy a usar palabras elegantes; sin embargo, les digo a aquellos entre ustedes que anhelan ser salvados: 'Captén claramente lo

que estoy diciendo, pues les ayudará'. ¡Un mediador! Eso se requiere para personas que tienen motivos de contienda con Dios. ¡Pecador, pecador, estas son buenas noticias para ti! Un mediador no es necesario para un hombre que está en armonía con Dios, sino es necesario para ti, que has provocado a Dios por tus múltiples pecados y te has distanciado de Él por la pecaminosidad de tu naturaleza. Hay necesidad de un mediador entre el tres veces santo Dios y tú; y es para personas tales como tú que se hace presente un mediador. ¿Ves esta verdad? Un mediador no es un mediador entre quienes están en sintonía. Él es un mediador entre personas que difieren; y esa es tu situación en relación a tu Dios.

III. Un mediador interviene también cuando HAY DIFERENCIAS QUE NO PUEDEN ELIMINARSE PRONTAMENTE; pues si el motivo de la diferencia es trivial, y las dos partes están dispuestas a ponerse de acuerdo, pronto resolverían el asunto; pero un mediador, un árbitro, interviene cuando el caso es difícil.

Tal es tu caso y tal el mío por naturaleza. Nosotros hemos pecado. Dios es justo. Él está lleno de compasión, y está dispuesto a perdonar en tanto que el menosprecio sea en contra de Su persona; pero Él es también Rey y Juez de toda la tierra, y debe castigar el pecado. Si no castigara el pecado, sería injusto, y la injusticia que no castiga el pecado es crueldad para con todos los hombres justos. Si nuestros jueces fueran a decirle mañana a cada ladrón, a cada amigo de lo ajeno, a cada asesino: "Sigue tu camino; yo te perdono", eso constituiría una amabilidad para ellos, pero una crueldad para nosotros. No sería verdadera misericordia de parte de Dios si pasara por alto el pecado y lo dejara sin castigo. No podría ocupar Su trono como el guardián de lo recto y el protector de la virtud si no ejecutara juicio sobre el pecado.

Entonces, percibimos aquí una barrera entre Dios y el hombre culpable: Dios ha de castigar a los infractores y el hombre ha delinquido. ¿Cómo pueden ser unidas estas dos partes? Aquí interviene el mediador, uno de mil, que puede poner su mano sobre ambos, resolver esta disputa mortal, y establecer la paz eterna. No se necesita un mediador para quienes están de acuerdo, sino para aquellos que tienen una fuente de diferencias que no pueden ser eliminadas prontamente.

IV. En este caso, si de parte del ofensor hubiere algún deseo de ser reconciliado, puede lograrse la reconciliación, pues el Dios ofendido está dispuesto a establecer la paz. NO HABRÍA NECESIDAD DE UN MEDIADOR A MENOS QUE AMBAS PARTES ESTUVIERAN DISPUESTAS A SER RECONCILIADAS. El mediador que interviene entre dos que tienen un odio vivo, simplemente pierde su tiempo; pero, en nuestro caso, Dios está dispuesto a la reconciliación. "No hay enojo en mí", dice Él. Pero el hombre no está dispuesto a ser reconciliado con Dios mientras la gracia no le cambie su corazón. Si hay el deseo de tu parte de terminar la contienda y ser amigo de Dios, te alegrará saber que hay un mediador. Jesús está en espera de suprimir la barrera que te separa de Dios y reconciliarte con Dios, por medio de Su propia muerte.

Sin embargo, para que pueda intervenir un mediador, un árbitro, tiene que haber *la disposición de ambos lados de confiar el asunto en sus manos*. Tiene que existir una diferencia que no pueden eliminar, una diferencia que quisieran que fuera eliminada, y una diferencia que están dispuestos a poner en manos del árbitro. Dios está anuente a confiar nuestro asunto a Cristo. Él lo ha hecho así. Él ha depositado la ayuda en Uno que es poderoso. Le ha dado la calificación y le ha comisionado para que venga como un embajador, y establezca la paz entre Él y los hombres culpables.

Por parte de ustedes, ¿están dispuestos a poner enteramente el asunto en manos de Cristo, para hacer lo que Él les pida, para reconocer aquello que Él quiere que confiesen, para arrepentirse de aquello en lo que Él les dice que están mal, para buscar rectificar aquello en lo que Él les advierte que han fallado? ¿Confiarás tu caso

a un mediador, y harás que Jesucristo, el Hijo de Dios, sea tu representante en el asunto?

Dios confía Su honra en manos de Su Hijo Jesús. Él no tiene miedo de dejar todo lo concerniente a Su gobierno moral y Su carácter real en las manos del Bienamado. ¿Confiarás los intereses eternos de tu alma en esas mismas manos amadas y traspasadas? Si es así, regocíjate de que haya un mediador entre dos partes que han estado distanciadas por largo tiempo: un mediador entre Dios y tú. Recíbelo en tu corazón esta noche.

V. Daremos otro paso hacia delante. Un mediador no lo es de uno solo, sino que ESTUDIA LOS INTERESES DE AMBAS PARTES. Así es nuestro Señor Jesucristo. Al venir aquí a la tierra, ¿vino para salvar a los hombres? Sí. ¿Vino para glorificar el nombre de Su Padre? Sí. ¿Por cuál de estos dos propósitos vino principalmente? No lo diré. Vino por ambos, y combina los dos. Él cuida de los intereses del hombre y argumenta las causas de su alma: Él cuida de los intereses de Dios y vindica la honra de Dios, incluso hasta la muerte. ¿Es Él obediente para engrandecer la ley de Dios y hacerla honorable? Sí, pero es el mediador que nos libera de la maldición de la ley.

Amados, nuestro bendito mediador no lo es de uno solo. Un árbitro no debe tomar partido, y un mediador que no entendiera más que un solo lado, y no estuviera preocupado por nadie sino por un solo lado, sería indigno del nombre. Nuestro mediador, el Señor Jesucristo, tiene ambas naturalezas. ¿Es Dios? Ciertamente Él es Dios verdadero de Dios verdadero. ¿Es hombre? Ciertamente, de la sustancia de Su madre, tan verdaderamente hombre como cualquiera de nosotros. ¿Es mayormente Dios o es mayormente hombre? Esta es una pregunta que no debe formularse y, por tanto, no debe responderse. Él es mi hermano. Él es Hijo de Dios. Sí, Él mismo es Dios. ¿Qué árbitro podríamos necesitar mejor que este humano ser divino, que puede poner Sus manos sobre ambos, el cual, siendo en forma de Dios, llama sin embargo al hombre Su hermano? El mediador no lo es de uno solo, puesto que tiene las dos naturalezas, y aboga por ambas causas. ¡Oh, cuán importante es para el corazón de Cristo la gloria de Dios! Él vive, muere y resucita de nuevo, para glorificar al Padre. ¡Oh, cuán importante es para Cristo la salvación de los hombres! Él vive, muere y resucita de nuevo para la salvación de los pecadores. Él tiene el entusiasmo de la humanidad, pero también tiene el entusiasmo de la divinidad. Dios ha de ser glorificado; Él muere para hacerlo. El hombre ha de ser salvado; Él muere para hacerlo. ¡Qué espléndido mediador, pues no lo es de uno solo, sino un mediador que asume la causa de ambos lados!

VI. En esta capacidad, NUESTRO BENDITO MEDIADOR ARGUMENTA CON AMBAS PARTES A FAVOR DE AMBOS, pues no es un mediador de uno solo. Un mediador, cuando quiere lograr la paz, acude a una de las partes y explica el caso, y le exhorta y argumenta con ella. Una vez que ha hecho eso, regresa a la otra parte, y explica la perspectiva de la otra parte. Argumenta con una parte a favor de la otra. De igual manera, Cristo interviene entre Dios y el hombre. ¡Oh, cuán maravilloso! Él argumenta con Dios a favor de los pecadores: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen." Y luego da la vuelta, y argumenta por Dios con los pecadores, y les pide que se vuelvan a Él, y sean reconciliados con Él, ¡puesto que Él es el Padre y el Amigo de ellos! Aquel que interviniera y pretendiera ser un mediador, y luego le echara toda la culpa a una de las partes, y sólo cuidara de los intereses de la otra parte, no sería un mediador sino un partidario de una de las partes.

Pero, en este caso, he aquí Uno que tiene algo que decir, no en vindicación o excusa del pecado, sino solicitando con argumentación misericordia para el pecador. Él tiene algo que decir para engrandecer la justicia de Dios y, sin embargo, clama pidiendo misericordia. Él pide: "¡Ten misericordia, oh Dios! ¡Ten misericordia del

culpable!" Creo que he comprendido el sentido de este texto, de alguna manera, aunque no pueda explicar el significado exacto de las palabras. Este significado permanece oculto dentro de las palabras: un mediador no es para uno sino que estudia los intereses de ambos.

VII. Entonces, es muy claro que UN MEDIADOR DEBE TRATAR CON DOS PARTES, de lo contrario, su oficio es un simple nombre. Se designa un árbitro para mantener el orden entre dos conjuntos de personas; pero si sólo un conjunto de personas se presentara, usted podría irse a casa, señor árbitro. Evidentemente no hay nada que pudiera hacer. "El mediador no lo es de uno solo; pero Dios es uno."

Ahora, esta noche, mi Señor está aquí para ser un mediador. Dios está anuente a reconciliarse con los hombres, pero si no hay nadie aquí que deba ser reconciliado, si la predicación de esta noche no tiene ninguna relación con nadie de aquí, entonces es muy claro que el oficio de Cristo no puede ser ejercido. Él no puede ser un mediador a menos que haya un pecador aquí que deba ser reconciliado. ¿Dónde está ese pecador? Mi Señor, el mediador, celebra una audiencia de Su corte esta noche y se sienta aquí como embajador; pero, ¿qué puede hacer a menos que yo le encuentre la otra parte de la mediación, a menos que pueda encontrar al ofensor, al culpable, y a menos que, una vez encontrado, el Espíritu de Dios le conduzca a decir: "yo deseo ser reconciliado con Dios, y pongo mi caso en manos del grandioso mediador"? Si no hay ningún pecador en el mundo, entonces no hay un Salvador en el mundo. ¿Cómo podría salvar, si los hombres no son culpables y no necesitan ser salvados?

¡Pecador, yo te digo que tú eres necesario para que Cristo desempeñe Su trabajo! Un hombre es médico cirujano y pone una placa de bronce afuera de su puerta. Ve y dile que no hay ningún enfermo en todo el distrito. Demuéstrale que en un radio de diez kilómetros no hay nadie que sufra ni siquiera de una gripe o de un dolor de muelas: el buen hombre puede descolgar su placa de bronce, e irse y pasar un mes en el campo. Si todas las personas fueran saludables permanentemente, el doctor iría a la ruina.

Ahora, si esta noche, todos los que se encuentran aquí han guardado la ley de Dios, y son inocentes, libres de culpa y plenamente conformes a Dios, mi Señor no tiene ninguna misión aquí, ni yo tampoco. No tengo ninguna necesidad de hablarles sobre Él, pues "Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos." Por tanto, me presento en el nombre del mediador, para preguntar si no habrá algún pecador que quiera confesar su culpa; algún enemigo de Dios que quiera pedir la paz; algún joven aturdido que habiendo vivido sin Dios hasta ahora, pida ser reconciliado con Él. Si así fuera, estarían dándole trabajo a mi Señor. Le dan una tarea en ese divino oficio de mediador, en el que se deleita en gran manera.

Y fíjense en esto: en el caso de un mediador, o árbitro, entre más difícil sea el caso, mayor es la honra que recibe si lo resuelve. Si hay una contienda muy severa entre tú y Dios, yo te recomiendo a mi Señor como mediador, pues todavía no ha fallado en resolver una sola disputa, y en este momento dice: "Al que a mí viene, no le echo fuera." Salomón fue notable manejando asuntos difíciles, pero he aquí más que Salomón en este lugar. Si tu vida estuviera toda en un embrollo y una maraña, Él puede enderezarla. Si tus diferencias con Dios son demasiado solemnes y serias para ser declaradas en palabras; si te están exprimiendo la vida, si te roban el sueño, si te hacen descender a la puerta del infierno, mi Señor, el mediador, puede todavía resolver cualquier diferencia y hacer la paz entre tu alma y Dios. ¿Estás dispuesto a que Él ejerza Su oficio para ti? Si así fuera, entre peor sea tu caso mayor será el crédito que le corresponderá a mi Señor como mediador, cuando haya quitado todas la dificultades para ti.

No temas que haya muchos pecadores aquí, y que esa gran cantidad de personas sean todavía enemigas de Dios. Yo no invito sólo a uno de ustedes para que venga, sino que digo: Vengan todos y entre más vengan, habrá mayor regocijo. Mi Señor recibirá mayor honra si resuelve esta contienda en cientos de casos, todos diversos pero todos aflictivos. Pueden venir, todos ustedes, y Él no les cerrará la puerta en su cara.

Si ustedes acuden a ver a ciertos doctores eminentes de esta ciudad, tienen que presentarse muy temprano en la mañana, y esperar casi hasta la noche antes de que les toque su turno; pero no habrá espera en cuanto a mi Maestro y Señor. Si deseas ser amigo de Dios, el mediador está listo para resolver la diferencia, y enviarte de regreso feliz en el amor del Altísimo.

“¿Pero puedo venir?” –preguntará alguno–. ¿Que si puedes venir? Cuando Cristo se ofrece como mediador, ¿por qué no habrías de usarle como un mediador? Yo no le pido perdón al doctor cuando, sintiéndome enfermo, toco a su puerta. Él ha publicado su nombre como alguien que está dispuesto a tratar con los enfermos y, por tanto, yo le busco. No me estoy tomando ninguna libertad al venir. Si él ha asumido un oficio, que desempeñe su oficio.

¡Pobre desventurado culpable, que estás temeroso de venir a Dios, mira que Cristo despliega el nombre de mediador con la intención de ser usado como tal! Él es la vía de acceso al Padre. Ven y utilízale como lo que profesa ser. Cree que Él puede hacer lo que, por Su nombre y título oficial, profesa hacer. Ven y sé reconciliado con Dios por medio de Jesucristo Su Hijo, el mediador.

Yo he estado procurando predicar hace ya casi treinta años. No he podido lograrlo. ¡Oh, que yo supiera cómo expresar esto, como para conmover a cada alma a venir a Dios, y demandar la paz! ¡Cuán anuente está Dios de estar en paz con los hombres, cuando provee un mediador entre Él mismo y los hombres! ¡Cuán prestamente deberían venir cuando la honra y la gloria de Cristo dependen de que los hombres confíen sus casos en Sus manos! Yo pregunto de nuevo: ¿qué haría un mediador si no se le confiara ningún caso? Un rey sin corona, un pastor sin rebaño, un granjero sin tierra, un médico sin enfermos: todos ellos están en una triste condición. Y Cristo, sin pecadores, ¿dónde está? Su nombre es algo vacío, y Su gloria se ha ido. ¡Vengan, entonces, ustedes que son los peores pecadores, vengan a Cristo, y entréguele su caso!

VIII. Concluyo notando que, aunque sea necesario que haya dos partes cuando el mediador comienza, –pues el mediador no lo es de uno solo, y Dios es uno–, sin embargo, cuando el caso termina, UN MEDIADOR HA DE HACER DE LOS DOS, UNO, O NO HABRÍA TENIDO ÉXITO. Nuestro Señor ha derribado la pared intermedia de separación. Él ha reconciliado realmente a quienes estaban separados. Cristo ha hecho esto por tantos, que me gustaría que ustedes, que están sentados en los balcones dijeran: “¿por qué no habría de hacerlo por mí?” Colgado en el aposento privado de Cristo hay un registro de diez mil disputas entre los hombres y Dios, a las que Él ha puesto fin. ¿Por qué no habría de tener Él mi nombre entre esos? ¿Por qué no habría de poner fin a mi contienda con Dios? ¿Por qué no habría de reconciliarme con el Padre, para que el Padre me dé el beso de la paz? Él no ha fallado en ningún caso todavía. Algunos de los peores casos han sido sometidos a Su arbitraje, pero Él siempre ha tenido éxito. No se conoce en el cielo ninguna derrota de nuestro Señor; y las sombras tenebrosas del infierno no pueden revelar una sola falla de parte de Cristo, en el caso de alguna pobre alma, condenada y culpable, que hubiere venido a Él y le dijera: “haz mi paz con Dios”. Nunca se vio obligado a decir: “no puedo hacerlo”. No existe un caso así.

¡Vamos, amigo mío, si tú has vivido hasta los ochenta años como enemigo de Dios, todavía te puedes convertir en Su amigo por medio de este mediador! ¡Vamos, persona que me escuchas, si eres joven y estás lleno de vigor, y si tus pasiones te han conducido lejos de la pureza, al punto que tiene una contienda contigo, tú puedes venir de inmediato, tal como eres, y Cristo resolverá la contienda entre tú y Dios! Su sangre que perdona puede quitar la culpa que Dios aborrece; y el agua que fluyó con sangre de Su amado costado traspasado, puede quitar la propensión a la rebelión dentro de tu pecho. Por medio de palabras como estas, seguramente yo debería consolar a algunas almas, y conducir las a Jesús.

La reconciliación obrada por Cristo es absolutamente perfecta. Significa vida eterna. Oh, querido oyente, si Jesús te reconcilia con Dios ahora, nunca contenderás con Dios de nuevo, ni Dios contendrá contigo. Si el mediador suprime el motivo de la disensión –tu pecado y tu pecaminosidad– lo suprimirá para siempre. Él arrojará tus iniquidades a las profundidades del mar, borrando tus pecados como si fueran una nube, y como densa nube tus transgresiones. Establecerá tal paz entre tú y Dios que te amará para siempre, y tú le amarás para siempre; y nada te separará del amor de Dios que es en Cristo Jesús nuestro Señor.

He oído de algunos ‘pégalo-todo’ que pegan de tal manera las piezas rotas de los platos, que se dice que los artículos son más fuertes de lo que eran antes de ser quebrados. No sé cómo pueda suceder eso. Esto sí sé: la unión entre Dios y el pecador, reconciliados por la sangre de Jesús, es más cercana y más fuerte que la unión entre Dios y Adán antes de la caída. Esa unión fue quebrantada por un simple golpe; pero si Cristo te une al Padre por Su propia sangre preciosa, te sostendrá allí por el influjo de Su gracia en tu alma; pues, ¿quién nos separará del amor de Cristo?

He de decir algo más. Recuerden que si rehúsan al mediador nombrado por Dios, rehúsan perentoriamente estar en paz con Dios. *Ustedes* no habrían podido encontrar un mediador; no pueden descubrir otro mediador ahora. No puede haber otro mediador tan adecuado en todo sentido para interponerse entre nosotros y Dios, como el Dios-hombre, Cristo Jesús, que se desangró en la cruz para quitar nuestro pecado, y resucitó de los muertos para proclamar que somos justificados.

Ahora, si Dios quita de Su propio pecho a Su propio Hijo y lo entrega para que muera, para que establezca la paz con nosotros, y nosotros le rechazamos, quiere decir que queremos una guerra sin cuartel con Dios. A eso se reduce todo. Si no quieren tener a Cristo, están desnudando su brazo para un conflicto eterno con el Todopoderoso. Se están poniendo su yelmo, y ciñendo su espada, para combatir con su Hacedor. Cuando rechazan a Cristo, están rechazando la paz. Estoy seguro de que así es. Están eligiendo la guerra con el Señor de los ejércitos. Bien, señores, si quieren la guerra, la tendrán; pero yo les imploro que se arrepientan de inmediato de su insensata elección. ¿Cómo podrían combatir contra Dios? ¿Por qué tendrían que pelear con Dios? Combatir con Dios es combatir en contra de sus propios intereses primordiales, y arruinar sus almas. El cielo, el único cielo que una criatura puede tener, es estar en paz con su Creador. No hay paz para los malvados. ¿Cómo podría haberla? Si Él me ha hecho, me ha hecho para un propósito. Si yo cumplo ese propósito, responderé al propósito de mi existencia, y seré feliz. Si no cumplo ese propósito, he de ser infeliz; y al elegir ser el enemigo de Dios, he elegido mi propia condenación eterna. Que Dios nos ayude a arrepentirnos de una elección así; y que nos aferremos ahora a Cristo, el mediador, y nos confiemos a Él, para hacer la paz entre nosotros y Dios; ¡y sea la gloria a Su nombre por los siglos de los siglos! Amén.

Porción de la Escritura leída antes del sermón: Gálatas 3.